



REVISTA SEMANAL.

Se publican cuatro números mensuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 1.º — NÚMERO 1.º

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

La Madre de Familia, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Una herencia de llanto, por id.—Maria al pié de la Cruz, por id.—Un episodio de la expulsion de las Hermanas de la Caridad de Méjico, por id.—La Azucena, por D.^a María Galan y Godoy.—Seccion para los niños: Ángel y Mártir, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MADRE DE FAMILIA.

Escudada con el sagrado título que sirve de epígrafe á estos renglones, estudiando no mas en el libro del corazon, y guiada por un recto y leal sentimiento, voy á dedicar, al escribir este modesto semanario, mi pensamiento, mis horas y mi pobre pluma, á la mujer, á la esposa, á la madre, derramando al par algunas flores en el camino de la infancia.

La dicha de la familia, la santa paz del hogar doméstico, el porvenir de la juventud y la ventura mas cierta del hombre, están depositadas por Dios, como una fecunda semilla, en el alma de la mujer. ¿Cómo, pues, no consagrar todas nuestras fuerzas, á que germine lozana y vigorosa, y produzca hermosos frutos y puras é imperecederas flores, que perfumen y embellezcan su vida, ya cuando liga al pié de los altares su existencia á

otra existencia, su corazon á otro corazon, ya cuando ciñendo á sus sienes una doble y hermosa corona, ejerce el sacerdocio de la maternidad en el santuario de la familia.

Mil veces, con un sentimiento de pena y de lástima, hemos visto al hombre mojar su pluma en amarga hiel, y lanzar sobre la mujer las mas soeces y terribles diatribas, sin pensar ¡ay! que una mujer le dió la vida, que una mujer le prestó calor en su regazo y le alimentó en su seno, enjugando sus primeras lágrimas, adivinando sus primeros dolores, y prodigándole las primeras caricias; que una mujer, en fin, fué su madre, y con este santo título meció su cuna, y le franqueó las puertas de este mundo, mostrándole al par el sendero que conduce á otro mas imperecedero, mas inmortal!

¿Por qué calumniarla pues? ¿Por qué denigrarla en vez de tenderle una mano generosa para sostener su debilidad? ¿Por qué trocar resbaladiza y penosa la senda de su existencia, en vez de hacerla bello, fácil y suave el camino de la virtud?

¡Oh! decid como yo, decid siempre á la mujer cuál es su deber, cuál es su destino, cuál es la alta mision que Dios la confió sobre la tierra.

Elevad su espíritu, iluminad su pensamiento, apartadla de las frivolidades y las miserias de la vida, y ella será, no lo dudeis, el ángel que presida vuestro destino, el sol que os preste calor y luz en el sombrío páramo del mundo, y la dulce

maestra que os enseñe á amar y á esperar, á orar y á creer!

Porque en el corazón de la mujer, de la mujer regenerada y ennoblecida por el Evangelio, de la mujer que simbolizó al pié de la Cruz la inocencia y el sufrimiento, el amor casto y el amor purificado, existen raudales inmensos de bondad y de abnegación, de sacrificio y de grandeza, que bien encauzados y dirigidos por una mano previsora, bastarían á tornar en verjel florido los valles de lágrimas que se llaman vida.

Pero en la época actual, y por desgracia y desventura nuestra, la sociedad, frívola, descreída y materialista, tiene en muy poco las bellezas del espíritu, tiene en muy poco las hermosuras del alma, y lejos de buscar el bien y la verdad, rinde culto al cropel, á la apariéncia y á la farsa; por eso la mujer, siguiendo el camino que el hombre y la sociedad la trazan, se torna frívola y ligera, dando cabida en su corazón á las malas pasiones, que con el nombre de vanidad, envidia, orgullo y locura, arrojan de él cuantas virtudes le concedió, al formarle, la mano del Creador.

El afán de ostentarse en público, el anhelo de continuos triunfos, el empeño por brillar entre las demás, el delirio de ese ruinoso lujo, carcoma del hogar, cáncer de la fortuna y de la paz; han venido á asentarse como reinas en el lugar que antes ocupara la modestia y la sencillez, y la humildad y la virtud.

La madre de familia en vez de embellecer el alma de los ángeles que, mensajeros de amor y bendición, Dios envió bajo su techo, se afana por cubrir de galas su cuerpo; en vez de plegar sobre su frente el santo velo del pudor, y colocar en su pecho la azucena de la pureza, aglomera sobre sus sienes lazos, rizos y perlas; y con el seno apenas cubierto las presentan al mundo, rivalizando á veces con ellas en ostentación, en galas y en atavío, arrojándolas en la senda de donde debieran apartarlas, y haciéndose solidarias de su desgracia y de su ruina.

¡Oh! no es esta por cierto su eterna misión; no es este su deber; no es este su destino; no es esa la senda que ha de seguir para conquistar la dicha y el bien de las prendas más caras de su alma.

Si la sociedad desvaría, si corre á su perdición, madres de familia, retroceded vosotras en ese funesto camino.

Vosotras educando hijos, no á la moda de nuestra época, sino siguiendo la austera senda del deber, escuchando la sola voz de la conciencia, podeis regenerar el mundo y salvar á la humanidad.

Tened valor para luchar frente á frente con el extravío del siglo: tened valor para levantar en vuestras manos una pura y divina bandera: la bandera del bien, de la santa modestia, de la immaculada virtud!

Tened valor para mostrar que mereceis mucho por las altas dotes de vuestra alma y no por el fabuloso precio de la seda de vuestro traje ó de los diamantes de vuestro aderezo.

Estos se compran con un poco de oro, el mundo los admira por un momento, y la impura cortesana puede llevarlos al par que vosotras; pero la diadema que ciñe las sienes de una madre dig-

na, intachable y pura, solo se adquiere con muchos años de virtud; esa no pueden ostentarla todas, y su brillo es más duradero porque Dios es quien la avalora y Dios mismo quien la bendice.

Madres de familia, sed dignas de este santo título!

Yo, aunque nada sé, aunque nada soy, escribiré para vosotras, escribiré para vuestras hijas, señalándolas el mal donde quiera que le haya, y mostrándolas el bien bajo cien formas y bajo mil fases distintas.

Yo las advertiré los escollos del camino: yo las haré ver que una palabra, una mirada, una sonrisa indiscreta bastan á veces para destruir la felicidad de una existencia entera: yo les diré cuál es el dulce deber de la hija, las imprescindibles obligaciones de la esposa, los sagrados cargos de la madre.

¡De la esposa y de la madre! ¡ay! cuántos sacrificios, cuánta abnegación y qué santa mansedumbre se necesita para llevar dignamente estos dulces títulos, ante los cuales debe replegarse y huir el egoísmo, la vanidad, el amor propio, la voluntad entera para ceder su puesto á la bondad, á la sumisión, á la indulgencia, al olvido de sí misma.

No os alarmeis, sin embargo; no retrocedais asustadas al escuchar mis consejos; no me tacheis de severa en demasía, pues si la palabra *deber* es austera y no admite, en mi juicio, ni transacción ni variante alguno, la senda de la virtud es hermosa y tranquila y risueña, pres-tándole la paz su santa calma y los ángeles su alegría.

¡La que asienta el pié en ella, halla la vida fácil, y serena el alma, y el reposo suave!

¡Ninguna de las tempestades del mundo podrá turbar su corazón, porque el ángel de la pureza, cobijándole con sus alas, les dirá como el Hacedor á las turbulentas olas del mar, al ponerlas un muro de arena: «¡De aquí no pasareis!» Y como las olas del mar, retrocederán avergonzadas y volverán hácia el abismo!

¡Oh madres de familia, obreras de la virtud, sacerdotisas del hogar; de vosotras lo espera todo la humanidad, en vuestras manos está el porvenir de la futura generación! educad á vuestras hijas en el bien, sed para vuestros esposos el serafín custodio que murmure siempre á su oído dulces palabras de amor y de esperanza, de religión y caridad; ayudadle en la hora del trabajo, consoladle en la del pesar, sonreírle en la del descanso; sed la flor que embalsame su vida, el manantial que apague su sed, la estrella que le guíe, la esperanza que le aliente! Sed para vuestros hijos espejo de perfección, antorcha que guíe su infancia, sol que alumbre su juventud: formad de ellos una generación de seres buenos y modestos, creyentes y puros; y el mundo os deberá su dicha, y Dios os bendecirá, porque habreis contribuido á perfeccionar su obra más privilegiada.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

NOVELA ORIGINAL.

Serian las cinco de la tarde de un día crudo y frío de Diciembre.

Un viento norte agitaba las copas de los desnudos árboles, haciendo crugir sus ramas con triste y discordante sonido.

De vez en cuando el brillo fosfórico de un relámpago y el eco prolongado de un lejano trueno, anunciaban la tempestad próxima sin duda á estallar.

Ni los trabajadores ni los ganados atravesaban ya por los caminos, y la oscuridad se hacia densa, y la noche empezaba á cubrir de sombras una modesta aldea situada al pié de las pintorescas y agrestes montañas de Aragon.

Á unos cien pasos de sus primeras casas, y separada de ellas por algunos viñedos y sembrados, se alzaba una magnífica posesion, á través de cuyas ventanas, cerradas solo con cristales, se percibia en aquel instante una viva claridad.

De vez en cuando una ligera sombra interceptaba aquella luz, permaneciendo inmóvil algunos segundos y volviendo á desaparecer despues.

Á medida que la noche avanzaba se repetia esto con mas frecuencia, porque aquella sombra era la de una mujer, que esperaba sin duda cuidadosa é inquieta, á alguno que tardaba en llegar.

Grande debia ser su anhelo, pues una de las veces que se acercó á la ventana, no pudo reprimir su impaciencia, y la abrió de par en par asomando por ella la desnuda cabeza.

Si la oscuridad no hubiera sido tan profunda, si un rayo de sol rompiendo en aquel instante las sombras hubiese podido resbalar sobre su frente, hubiera iluminado un rostro de ángel puro, bellísimo, lleno de candor, pero alterado por la expresion de una viva ansiedad.

Un leve suspiro que se escapó de sus labios dejó conocer bien claramente que nada distinguia en medio de aquel caos; que el que esperaba no venia, y ya que en la tierra no hallaba señales de que terminase su cuidado, fijó su mirada en el cielo, para ver el estado de la atmósfera, que no era por cierto el mas á propósito para tranquilizarla.

Las nubes amenazaban un fuerte aguacero y los relámpagos se sucedian cada vez con mas rapidez.

La jóven extendió su brazo fuera de la ventana, y sobre aquella mano blanca y pequeña cayeron algunas gruesas gotas de lluvia, las primeras acaso que venian á humedecer el suelo en aquella noche terrible.

La detonacion de un fuerte trueno se escuchó en aquel instante, y la que esperaba tembló asustada y se retiró de la ventana, murmurando con un acento dulcísimo pero lleno de terror:

—Dios mio, Dios mio, traedle pronto; Virgen Santísima del Valle, protegedle en esta noche y haced que vuelva con bien!

Quizá en aquel momento, el que era objeto de esta fervorosa súplica, se hallaba en un peligro inminente y cercano, de que no se podia librar sin la intervencion de la Providencia, porque la

noche y las tinieblas son amigas y protectoras del crimen.

Á corta distancia de aquella casa, en un estrechísimo sendero que era necesario atravesar para llegar á ella, y apoyado en el tronco de un viejo y corpulento árbol, se hallaba un hombre aguardando tambien con afan.

Pero algo de siniestro habia en su larga espera, pues de un modo notable se estremecia á cada rumor del trueno, á cada gemido del huracan.

La luz del relámpago iluminó un segundo su frente bañada de sudor, aunque azotada de continuo por el helado viento.

Era jóven, de hermosa presencia, de aire noble y distinguido, á pesar del tosco traje de viajero que le cubria; pero sus facciones alteradas, lo sombrío de su mirada y el temblor nervioso de sus labios, revelaban que en su mente se agitaba en aquel instante algun siniestro pensamiento.

En su mano izquierda tenia un blanco pañuelo de batista que llevaba á sus sienes con frecuencia, mientras que con la derecha oprimia una magnífica escopeta de dos cañones, que llevaba consigo, no sabemos si como complemento de su atavío de camino ó como instrumento de un crimen premeditado.

El desconocido no parecia apercibirse del desorden de la naturaleza ni de la tempestad que se enseñoreaba en el espacio; acaso ¡ay! porque era mas terrible y mas desencadenada la tempestad que se agitaba en su alma.

De pronto se estremeció; prestó atento oido, escuchó algunos segundos, y una sonrisa extraña plegó sus labios, mientras arrojando el pañuelo tomó entre las dos manos su escopeta.

Las pisadas de un caballo se oyeron en la distancia.

Tambien en aquel instante se abrió de nuevo la ventana, y la jóven volvió á aparecer en ella escuchando esta vez con una expresion de naciente esperanza.

Un hombre á caballo se acercaba, no habia duda, pues el noble corcel relinchó de alegría al reconocer á lo lejos la casa en que le esperaban.

El desconocido alzó el arma fatal, buscó á tientas el gatillo, y dispuso la punteria con direccion al que llegaba.

El ginete se adelantaba tranquilamente sin sospechar el peligro que corria.

Ya estaba cerca, muy cerca de aquel añoso árbol donde el asesino aguardaba; un paso mas y se hallaria á dos pasos del cañon de su escopeta.

Pero en el instante de cruzar á su lado, una voz de mujer, dulce y penetrante, sonó en el espacio, modulando una exclamacion de alegría, una de esas palabras de cariño que no se entienden, pero que se sienten penetrar en el corazon.

El eco de aquel purísimo acento llegó hasta aquellos dos hombres, produciendo en ellos emociones bien distintas.

El que venia á caballo experimentó, al oirle un gozo purísimo; el que acechaba oculto sintió en su alma reunidas la sorpresa, el asombro, el terror; algo que nosotros no podemos definir, pero que le hizo temblar de un modo espantoso y que le conmovió tan profundamente, que la escopeta estuvo á punto de caer de su mano.

Aquel instante bastó para que el ginete cruzara delante de él y adelantara algunos pasos.

El jóven desconocido le vió alejarse irresoluto: mal repuesto de su emocion, se apoyó en el tronco del árbol, colocó á sus piés el arma ya inútil, ocultó la frente entre sus manos y permaneció un instante inmóvil y mudo, sin cuidarse del huracan ni de la lluvia que ya caia á torrentes.

Y era tanta su agitacion, tanto el oculto pesar que dominaba su espíritu, que por entre los afilados dedos con que cubria su rostro cayó lentamente una gota de llanto.

Aquella lágrima sola, ardiente, abrasadora, era prueba del infortunio de aquel jóven; era casi su justificacion en aquel instante, porque el hombre que llora no es un malvado.

Pasó algun tiempo y al fin se levantó de aquel sitio.

Un terrible combate tenia lugar sin dudá en su alma, pues dos ó tres veces fué á emprender su camino, y dos ó tres veces se detuvo.

Al fin venció en aquella lucha el genio del mal sin duda, pues su frente se contrajo de nuevo y murmuró con acento comprimido:

—Soy un cobarde! un miserable que retrocede ante su deber; vamos, sea como quiera es forzoso cumplir mi juramento, es forzoso matar á ese hombre!

Y rápido como el pensamiento, emprendió su marcha á través de las ramas secas y de las quebradas del terreno.

Algunos instantes despues llamaba á la puerta de la misma casa donde un momento antes habia penetrado el ginete, con mano insegura y temblorosa.

Un criado se apresuró á abrir, preguntándole quién era.

—Decid á vuestros señores, respondió despues de vacilar un instante, que un viajero á quien la tormenta impide seguir su camino, les pide hospitalidad por esta noche tan solo.

El criado desapareció, y un segundo despues volvía para conducir al desconocido al hogar de sus señores.

(Continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Á LA VÍRGEN MARÍA.

¡Sola y llorando! tu divina frente
pálida y sin color se inclina al suelo,
y de tu labio trémulo y doliente
se escapa un ¡ay! de comprimido anhelo;
¡sola y llorando y en tu pecho ardiente,
trocado en mar de indefinible duelo,
ansiando del vivir romper los lazos,
se agita el corazon hecho pedazos!

—
¿Qué tienes? ¿por qué lloras, tú que fuiste
de Dios en los arcanos concebida?
Tú, que en tu casto seno, vida diste
á Aquel que á orbes y mundos dió la vida,
que de su aliento aliento recibiste,
entre miles de miles escogida?
Tú, á quien reina del cielo el cielo aclama
y á quien Dios hija, esposa y madre llama?

—
Mas ¡ay de mí! que el hombre, cruda guerra
declara al Dios que conocer no sabe,
y en un puñado de infecunda tierra,
en su delirio y en su culpa grave,
la infiel Jerusalem al justo encierra,
que ni en los mundos ni en los orbes cabe;
al que del bien y del amor en nombre,
aun en mas que ser Dios, tuvo ser hombre.

—
Por eso es tu aficcion, por eso el duelo
hoy te desgarrá sin piedad el alma;
por eso ni esperanza ni consuelo
encuentras ¡ay! en tu dolor sin calma;
por eso inclinas tu ramaje al suelo,
débil y mística y combatida palma;
¡por eso sola estás! pero ¿qué digo?
¡hème aquí pues, para llorar contigo!

—
¡Hème aquí pues! el alma desolada
mezcla su llanto con tu amargo llanto,
y por él y tu amor purificada,
altar será para tu nombre santo;
podrá otra voz mas firme é inspirada
alzar hasta tus piés mas digno canto;
pero en la fé que el corazon me inspira,
¿amarte mas que yo? nadie, mentira!

—
Ángeles de Salem, de cuya frente
toma su luz el sol, dejadla ahora:
no, no su llanto abrasador y ardiente
intenteis enjugar en esta hora:
dejadla en su dolor: yo solamente,
yo quiero acompañarla cuando llora;
que si ella es vuestra reina, aunque no os cuadre
para mí es mucho mas, porque es mi madre!

—
Madre del alma, á quien ferviente adoro
con infinita y celestial ternura;
Madre del alma, á quien humilde imploro
en mis horas de afán ó de amargura;
la que enjuga mis lágrimas si lloro,
la que en su luz inunda mi ventura;
mientras la angustia y el pesar la aflija,
¡ángeles del Señor, paso á su hija!

—
¡Oh! recordad el postrimer acento
del Mártir de la cruz: de gracia en muestra
la confió á mi amor en su tormento,
y no al amor ni á la ternura vuestra:
vosotros en el alto firmamento
el himno alzad que su poder demuestra;
en su gloria vivid; yo sola en tanto,
quiero con ella compartir el llanto.

—
Madre, madre de amor! ante tus plantas
mírame humilde bendecir tu nombre,
que tú hasta Dios mi espíritu levantas
sobre los mundos en que habita el hombre;
tú con tu luz los orbes abrillantás,
tú haces que el mal, de tu virtud se asombre,
tú con solo una lágrima siquiera
puedes salvar la humanidad entera.

—
Vuelve hácia mí la celestial mirada
y escucha el ruego que á tus piés dirijo:
mírame, Vírgen pura, arrodillada
ante la cruz en que murió tu Hijo:

yo tiendo á tí mis manos angustiada invocando en mi afán tu amor prolijo; si has de lavar mi culpa, en este día, ¡llora, lloremos juntas, Madre mia!

¡Llora! bendito el abrasado llanto que amargo brota en tu pupila ardiente, y cual rocío celestial y santo, en su inmenso raudal baña mi frente; bendito de tu amor el dulce encanto, bendita el alma que contigo siente, y pues tú por mi amor sufrir deseas, en tu mismo dolor, ¡bendita seas!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

UN EPISODIO

DE LA EXPULSION DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD DE MÉJICO.

Méjico, tierra fecunda, rica y lozana, de cielo espléndido y sol de fuego, de noches serenas y de brillantes alboradas, ¿por qué tus calles están desiertas y tus mercados solitarios?

¿Por qué á la animacion del trabajo, del comercio y de la vida, sucede hoy el silencio del parasismo, y la quietud sombría de la muerte en tu privilegiado suelo?

¡Ay de mí! que el ángel de la paz, arrojado de tu recinto, ha desplegado sus alas para volver al cielo, y dar cuenta al Dios de la mansedumbre y del amor, de que tus hijos, enloquecidos, ostentan en sus manos la bandera del desórden, y que al soplo de la revolucion caen destrozadas las mas sabias creaciones y las instituciones mas benéficas.

Y no es solo contra las grandezas de la tierra y contra los poderosos del mundo contra quien alzan su mano; la dirigen tambien contra Dios, contra sus altares, contra sus ministros, contra sus esposas!

Al grito aterrador de destruccion y muerte, las imágenes son profanadas, los templos incendiados, los sacerdotes perseguidos y los ángeles de la piedad, las hijas de Lepelletier y San Vicente, las Hermanas de la Caridad, en fin, son desterradas del ingrato suelo en que habian ido á derramar el tesoro de la misericordia, y el raudal de los consuelos y del amor.

¡Las Hermanas de la Caridad! ¡ay! para modular este dulce nombre era preciso poseer el acento suave de un ángel, y para escribirle era necesaria una página tan blanca como la inocencia, y tan inmaculada como el alma de una Virgen.

Las Hermanas de la Caridad! flores que esparcen su aroma en todos los valles y en todas las regiones: auroras que derraman su clara luz bajo todos los climas y sobre todos los hogares.

Ángeles cuyo origen es del cielo, cuya patria es el mundo, cuya familia los desgraciados, y como desgraciados existen en todas partes, á todas partes se extienden los lazos de los afectos de su alma!

¡Méjico, Méjico! ¿Por qué las arrojas de tu seno si su mision es el amor, su lema el bien, su institucion la caridad?

¿No ves que la infancia pierde con ellas una guia, la vejez un apoyo y el infortunio un lenitivo?

¡Oh! penetra en el interior de su morada el día en que el decreto de su expulsion ha sido firmado por una mano envilecida.

Allí verás niños que lloran, ancianos que suspiran; allí verás unidas en un sublime consorcio la gratitud y la abnegacion, y la ternura y la virtud.

Allí presenciarás hechos que admiran y conmueven, y si mis palabras no bastan á probarlo, escucha un sencillo drama que tuvo por teatro tu recinto y por espectadores ciento y ciento de tus mismos hijos.

Era el 18 de Enero de 1875.

El mes de plazo que se concediera á las pobres desterradas para prepararse á emprender su marcha habia terminado dos dias antes, y era forzoso partir.

El vapor francés *La Louisiane*, que habia fondeado algun tiempo antes en aquel puerto, debía salir de Veracruz á las dos de la tarde, conduciendo á su bordo ciento sesenta y ocho de las Hermanas expulsadas, entre las cuales se hallaba Sor María de la Esperanza, una de las mas puras, mas bellas y mas queridas de sus compañeras.

Sor Esperanza era muy jóven; apenas contaria veinte años, y en su semblante virginal, cándido y perfecto, estaban retratadas la dulzura celestial y la inmaculada santidad de su alma.

Amaba mucho á la infancia, acaso porque su inocencia se amalgamaba con la inocencia de la primera edad, acaso porque su pureza de ángel se reflejaba mejor en la mirada de los niños.

Siempre se la veia rodeada de pequeñuelos, partiendo con ellos los tesoros de su corazon y las riquezas de su alma.

Pero si los amaba y cuidaba de todos con el mismo afán, habia una á quien distinguia y á quien profesaba mayor ternura.

Una niña de doce años, hermosa como las flores de Mayo, á quien la naturaleza habia concedido todos sus dones con mayor profusion, negándole uno solamente: negando luz á sus grandes y tristes ojos, azules como el cielo de su patria.

Sor Esperanza habia amoldado á su espíritu casto y creyente, el espíritu puro de la niña ciega. Le habia transmitido su fé, su esperanza, su infinito amor! y María, humilde y dócil, y sencilla y resignada, creia en Dios, esperaba en otro mundo mejor, y amaba hasta su mismo infortunio, puesto que la habian enseñado á repetir: *bienaventurados los que lloran*.

Entre sus amores de la tierra el primero era Sor Esperanza, á quien llamaba su buena madre.

¡Ay! Y era que María no tenia otra proteccion en el mundo que la santa jóven, pues su único pariente era una infeliz anciana, su abuela materna, á quien sus muchos años le permitian apenas buscar el sustento, mendigando de puerta en puerta.

María habia sabido que la mano de la revolucion iba á separar de su lado á la que amaba tanto; iba á arrojarla de aquel asilo santo y seguro, y su corazon se habia sentido destrozado, y lágrimas de fuego habian brotado en ancho raudal

de sus dolientes y apagados ojos.

Y en aquel angustioso instante, cuando las desterradas daban el adiós postrero á los lugares que iban á abandonar para siempre, al querido asilo que las cobijara, á la brisa que, trayéndoles el eco de las bendiciones que sus beneficios habian arrancado en torno, venia á orear sus frentes; á las flores, que saturadas con las auras de la gratitud, les habian brindado sus perfumes, á aquel fecundo y hermoso suelo ingrato, solo para ellas; María, abrazada de las rodillas de su protectora, de su guía, de su ángel la decia con acento suplicante y desesperado:

—No, no; yo no puedo separarme de vuestro lado: si los hombres lo mandan, Dios no lo puede consentir; ¿qué sería de la débil rama separada de su tronco y arrojada en el viento de la tempestad? ¿qué sería del pobre pajarillo sin el caliente nido, y sin las protectoras alas de su madre? ¿qué será de la triste niña ciega y sin amparo, si la faltase vuestro amor, vuestra caridad, vuestra proteccion?

—Consuélate, María, la respondia Sor Esperanza estrechándola contra su seno, y enjugando con sus besos las lágrimas de la triste ciega; consuélate, la Virgen es madre de los desgraciados y te amparará; y ese Dios clemente que fecunda las semillas en el centro de la tierra, que manda el rocío á la flor, y el sustento al humilde insecto, no te abandonará á tí que eres una de sus criaturas redimidas.

—¿Y qué me importa la vida si os pierdo á vos que sois el norte de mi alma? no, no; yo no os dejaré partir, yo iré á pedir de rodillas á esos hombres que no os arranquen de mi lado; yo les diré que ningun daño les habeis hecho, que ningun delito habeis cometido; yo les diré que las horas de vuestra vida se cuentan por los beneficios que derramais en derredor; y si no ceden á mis súplicas, si no tienen piedad de mi llanto, si os obligan á cruzar el mar, yo seguiré á nado la nave que os conduzca lejos de aquí, yo os alcanzaré y podré ir donde vos vayais.

Sor Esperanza, ahogada por los sollozos, nada pudo contestar, mientras un espectáculo igual se repetia por doquiera.

Y el tiempo pasaba y la hora de despedirse sonó al fin.

Y María torciéndose las manos y asiéndose del hábito de su protectora, gritaba y se desesperaba y gemia cada vez mas.

Las religiosas salieron todas.

Sor Esperanza rogó á uno de los circunstantes que condujese á María lejos de allí, porque el dolor de aquella niña le hacia daño.

Una caritativa mujer se encargó de ello, y aprovechando un instante de confusion la sujetó entre sus brazos y la sacó de aquel lugar.

Sor Esperanza siguió á sus hermanas ofreciendo á Dios su tormento, y pidiendo por sus perseguidores.

Un instante despues se hallaban en el muelle rodeadas de una inmensa multitud, que iba á presenciar su embarque.

Este se verificó en varias lanchas, que conducian por grupos á las afligidas viajeras.

Sor Esperanza fué destinada á ocupar un puesto en el último bote.

La jóven, tranquila y resignada aunque traspasada de dolor, puso el pié en la frágil tabla que debia conducirla á *La Louisiane*, anclado á alguna distancia, y la ligera barquilla se deslizó lentamente sobre las verdes y agitadas olas.

Un silencio aterrador reinaba en torno; algo que no es posible definir pesaba sobre la muchedumbre apiñada en la playa, y solo de vez en cuando un gemido doliente ó un triste sollozo se dejaba percibir en el espacio, mezclado á la amarga palabra *¡Adios!* y al rugido imponente del mar.

Las Hermanas de la Caridad lloraban tambien agitando los blancos pañuelos, para saludar por última vez á sus queridos pobres que les tendian las manos, bendiciéndolas todavia.

De pronto un grito desgarrador dominó aquel silencio, y se dejó oír en el espacio.

Sor Esperanza se estremeció porque en aquel grito habia conocido la voz de María.

Miró con insistencia á la playa, de que la separaban entonces algunas varas, y tan solo pudo distinguir á la niña ciega que, con las manos extendidas hácia adelante, corria con una rapidez prodigiosa, exclamando sin cesar:

—¡Mi buena madre! ¡Mi buena madre!

Una anciana débil y temblorosa la seguia jadeante y azorada, pero se quedó atras muy en breve, porque su paso era tardo y sus fuerzas estaban agotadas.

La multitud, que ignoraba que aquella niña carecia de la vista, se apartaba ante ella dejándola el paso, y María corria siempre adelante, impulsada por una fuerza superior y guiada por el rumor del oleaje.

—¡Mi buena madre! repetia sin cesar, ¡Mi buena madre!

—Adios, María! gritó al escucharla y sin poderse contener la jóven religiosa; ¡Adios María!

El acento de aquella voz querida sonó como un golpe eléctrico en el corazon de la ciegucecita, que loca de alegría y obedeciendo á un impulso del alma precipitó de nuevo su carrera.

¡Oh! María no podia advertir el peligro á que corria, porque sus ojos carecian de vista y ninguno de los circunstantes se cuidó de apartarla de él, porque todos ignoraban su desgracia, y ninguno la sospechó siquiera al verla correr sin guía alguna.

No sabian que, dominada por su pesar y por el afán de hallar á Sor Esperanza, corria guiada solo por el eco de su voz, y sin saber siquiera dónde iba ni qué era lo que la rodeaba.

Solamente ¡ay! solamente cuando el ruido aterrador de un cuerpo que cayó al agua resonó sombríamente en el espacio, todos lanzaron un ¡ay! terrible y volvieron la vista hácia el sitio en que las ondas, formando un ancho y movable círculo, acababan de recibir en su seno á la infeliz criatura.

María habia caido al mar por el lado mas profundo del muelle.

A la exclamacion de asombro de la multitud se mezclaron dos gritos desgarradores; el uno se habia escapado de los labios de la pobre anciana, el otro habia salido del corazon de Sor Esperanza.

—Una niña que se ahoga, decian de todas par-

tes, una niña que se ahoga!

—Salvadla en nombre de Dios, murmuraba la anciana mendiga; es mi nieta, es mi María, salvadla, salvadla por Dios!

Pero al ver el aspecto miserable de aquella mujer, todos se encogían de hombros con expresión de lástima, pero nadie pensaba en exponer su vida.

¡Qué recompensa podía ofrecerles tanta pobreza!

Solo la caridad cristiana hace el bien sin esperanza de premio, y la caridad cristiana solo podía salvar á la niña ciega.

Sor Esperanza la habia visto caer, Sor Esperanza la amaba; Sor Esperanza habia ofrecido al cielo su vida entera en beneficio de la humanidad.... ¿qué extraño es que sin meditar el peligro, sin pensar en las consecuencias, la Hermana de la Caridad se lanzase en auxilio de María?

¡Medita el misionero los peligros que va á afrontar al correr á distintos climas para difundir la luz de la fé? ¡Meditan las hijas de San Vicente el riesgo que corren ya en los campos de batalla para socorrer al soldado herido, ya junto al lecho infesto del calenturiento moribundo? ¡Meditó Dios mismo el caliz de hiel y las horas de agonía que iba á costarle la salvacion del hombre?

No y mil veces no! la caridad no medita, la caridad siente, é impulsada por un divino sentimiento, Esperanza hizo la señal de la cruz y se arrojó al agua para librar de la muerte á su predilecta protegida.

Mas la santa jóven era muy débil para tamaña empresa. Los marineros quisieron detenerla, pero era tarde.

Empezó á nadar para llegar junto á María y en breve pudo conseguirlo.

Pero la pobre niña que luchaba con las alborotadas olas, se asió á ella con desesperado afán al sentirla junto á sí, y la sujetó de una manera convulsiva haciendo inútiles sus esfuerzos.

Algun tiempo se las vió nadar á flor de agua; pero una ola mas fuerte que las demás las cubrió enteramente, ocultándolas á la vista de los cien y cien espectadores que habian presenciado esta escena, mas inesperada, mas rápida y mas breve que las desaliñadas líneas en que las describimos.

Algunos hombres de mar, compadecidos de aquellas dos niñas, se decidieron á imitar el ejemplo de Sor Esperanza, avergonzados de no haberlo hecho antes; pero esta vez tambien era tarde!

Poco tiempo despues yacian tendidos sobre la playa los cadáveres de María y de su buena madre, y aun la crispada mano de la ciegucecita estaba tan fuertemente agarrada á la mano de la religiosa, que no habia podido separarlas ni la muerte misma.

¡Quizá de este modo, asidas las manos, habian hecho su entrada en el cielo aquellas dos almas inmaculadas.

La muchedumbre sollozaba en torno de las dos inocentes víctimas de la revolucion, mientras que la comunidad de las hijas de San Vicente, arrodillada sobre la toldilla del buque, mezclaba el salmo *de profundis*, último adios á

alma de su compañera, con el himno *Ave María Stella*, como postrer adios al suelo mejicano!

¡Oh! aquel triste suceso atrajo en favor de las desgraciadas desterradas todas las simpatías y toda la compasion del pueblo de Méjico, y mil acentos comprimidos maldijeron á los opresores de la religion, á los perseguidores de la fé, á los enemigos de Dios!

¡De Dios, cuya iglesia no puede perecer, porque de sus ruinas brotarán nuevos templos, nuevos mártires, nuevos soldados de la fé!

De Dios, á quien en vano ultraja y atenta el mónstruo de cien cabezas de la revolucion y el ateismo, pues cuanto mas y mas agite con su destructora mano el árbol sagrado de la Cruz, mas lejos serán arrojadas sus benditas semillas, para dar fecunda cosecha de justos y santos, de católicos y creyentes.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LA AZUCENA.

Nace esbelta y gentil en verde tallo
En la fresca y risueña primavera;
El sol la dora con benigno rayo
Y se mece con lángido desmayo
Al soplo de la brisa lisonjera.

En su cáliz de nítida blancura
Vierten las nubes trasparente lloro:
Y aun oculta del bosque en la espesura,
Ostenta de sus gracias y hermosura
Inagotable y sin igual tesoro.

Liba la abeja miel, la mariposa
De su bello color enamorada,
Falaz dejando la encarnada rosa
Sobre sus hojas de marfil se posa,
Con tan plácido olor embriagada.

Nunca el insecto vil, el tallo erguido
Osa tronchar; ni el cáliz aromoso
Marchita el aquilon enfurecido;
Solo por blando céfiro mecido
Recibe de él el beso cariñoso.

La noche en dulce sueño la adormece,
La entreabre despues la fresca aurora,
Con el rocío su blancura crece,
Y la baña en color cuando aparece
El padre de la luz que el mundo adora.

Y al asomar la luna por Oriente
Derramando su tibia luz de plata
Cual del espacio lámpara pendiente,
Del arroyuelo en la fugaz corriente
Su celestial figura se retrata.

Flor misteriosa, emblema de pureza,
En torno vierte embriagadora esencia:
La reina es del pensil por su belleza;
Y su gracia, color, y gentileza,
Modelo de candor y de inocencia.

Más que todas dotada de hermosura
Su albo cáliz descuella entre millares

Ante las plantas de la Virgen pura,
Que del cristiano la filial ternura
Con fe derrama al pié de los altares.

Y acaso su perfume sabe al cielo
Hasta llegar al trono de María,
Cuál feliz mensajero, que del suelo
Unidos lleva en su invisible vuelo
Suspiros mil que el corazón le envía.

Maria Galan y Godoy.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

CORONA DE LA INFANCIA.

ÁNGEL Y MÁRTIR.

Al escribir para vosotros, serafines de la tierra, flores que perfumais el valle de la vida; inmaculados angeles, por quien acaso descienden del cielo sobre nosotros las bendiciones y las gracias divinas; quisiera que en mis palabras hubiera algo de vuestra pureza, algo de vuestra alegría, algo de la serena luz que ilumina vuestra castísima mirada.

Mucho de mi tiempo os dedico, bien lo sabeis; bien sabeis tambien que quiero derramar en vuestra inocente alma la esencia sagrada de esas flores del cielo, de esos tiernos moradores de la inmortal Sion, que niños como vosotros merecieron por sus virtudes escribir sus nombres en el eterno libro de los mártires y los santos.

Y esta dulce tarea que me he impuesto para haceros fáciles y agradables las veladas siguientes al día mas hermoso de vuestra vida, al día en que vuestras almas, purificadas por la penitencia, sirvan por primera vez de santuario al Dios que nació en Belen para redimirnos con su sangre, voy á continuarla hoy hablándoos de un niño tan inocente, tan puro como la nieve no tocada por mano alguna; como el pajarillo que aun recibe el alimento del pico de su madre y se abriga bajo las leves plumas de sus alas; de un niño que aun no contaba cuatro años y mereció que Dios ciñera su frente con dos coronas: la de rosas blancas que ostentan los ángeles, tejidas por las manos de la Virgen María, y la de rubies que llevan los mártires, y de las cuales Jesucristo es el artífice, como fué el primero en rodear sus sienas con ella.

Acaso os admirará que un niño de poco mas de tres años supiese ya ser un santo; pero ¡ay! hijos míos, aquel ángel tenia una madre buena y cristiana; y una madre cristiana vale tanto....! Amad mucho á las vuestras, seguid sus santos ejemplos, escuchadlas atentamente cuando os hablen de Dios, y oid el sencillo relato que hoy empiezo á referiros.

Era una noche tibia y apacible del mes de Junio: de ese mes que aun conserva todos los perfumes, toda la exuberante belleza de la primavera, rica en flores, en armonia y en galas.

Una noche de esas en que la luna ilumina con su luz de nácar los tranquilos espacios: en que los luceros, tachonando el firmamento remedan las brillantes miradas de los ángeles y los jus-

tos, fijas con amor sobre las almas que, aun desterradas, habitan el mundo; noches silenciosas en que la tierra envia á su Creador, no el himno de gloria que se modula en un alegre cántico, sino el himno de gratitud y de amor, tan ardiente y sublime, que se traduce solo con una mirada, porque el labio no alcanza á expresarlo.

Por una senda sombreada de árboles, estrecha y tortuosa, y llena de sinuosidades y maleza, caminaba una mujer envuelta en su manto, con un niño hermosísimo en los brazos, y seguida de otras dos, que por su traje menos rico y sin joya alguna eran, al parecer, servidoras de la primera.

Aquella mujer jóven, distinguida y de una belleza deslumbradora, acababa de abandonar hacia algunas horas la ciudad de Iconia, y á pié, llena de zozobra y de terror, iba á buscar un refugio contra un peligro terrible.

La fugitiva no habia tenido tiempo de preparar su viaje, de tomar una litera, ni de llevar consigo ninguna de las riquezas que la fortuna le habia concedido.

El único tesoro, la sola joya que no habia abandonado era su hijo, su hermoso hijo, ángel inocente de amor que á nadie habia querido confiar, y que ella misma conducia en sus brazos.

La jóven madre llevaba ya mucho tiempo de marcha, habia andado cerca de una legua de camino, y se sentia desfallecer al doble impulso del cansancio y el miedo.

Falta de fuerzas, sin aliento y con los piés doloridos y desgarrados por los guijarros de la senda, se detuvo un instante y dirigió en torno una mirada llena de angustia y ansiedad.

Una de sus compañeras, viéndola próxima á caer se acercó á ella y la sostuvo en sus brazos, diciéndole con afectuosa voz:

—Vamos, señora, descansa un instante; tranquiliza tu atribulado espíritu: nadie nos ha visto salir de la ciudad, nadie sabe el camino que llevamos, y por consiguiente, nadie nos podrá seguir.

La jóven volvió sus hermosos ojos hacia la que acababa de hablar, y la dijo con débil acento:

—Tienes razon, Jeria, no puedo seguir; y sin embargo....

—Si, ya sé que es forzoso llegar antes de que amanezca al término de nuestro viaje; pero á lo menos permitid que yo lleve al niño en mis brazos, pues su peso es superior á vuestras fuerzas.

La jóven pagó con una mirada de profunda gratitud aquella oferta, y levantó su manto dejando descubierta la cabeza del niño, que pesaba dormido sobre su hombro.

Jeria tendia ya su mano hacia él, cuando un ruido lejano de voces y de amenazas se dejó oír entre el majestuoso silencio de la noche.

La hermosa fugitiva ahogó en sus labios un grito de terror, y estrechando á su hijo contra el anhelante seno, emprendió otra vez la fuga, con la rapidez con que la tímida paloma huye á través de la selva, al escuchar el primer tiro del cazador.

(Continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.—IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.